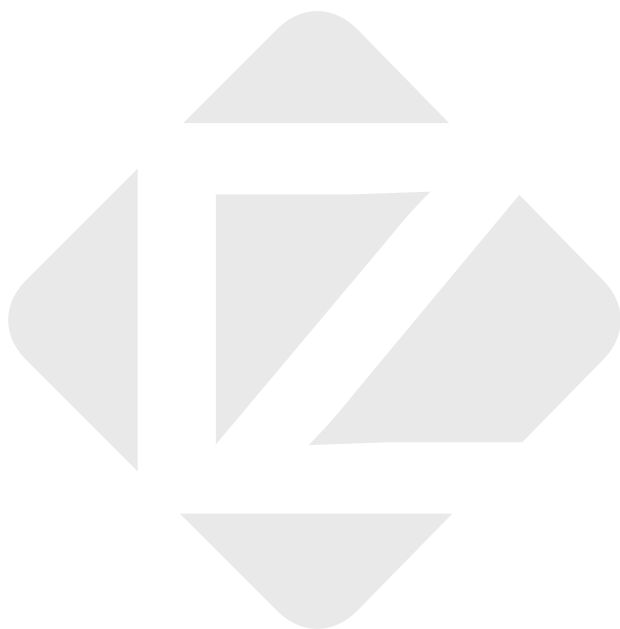


LOS REFUGIOS



Edgardo Scott

LOS REFUGIOS



INTERZONA

INTERZONA

Scott, Edgardo

Los refugios / Edgardo Scott. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2026.

136 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-790-137-5

1. Novelas. 2. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A86o

© Edgardo Scott, 2026

© interZona editora, 2026
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Edición integral: Fátima Nieves García

Diseño de tapa: Natalia Brega

Imagen de tapa: John Robert McPherson vía Wiki Commons

ISBN 978-987-790-137-5

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

A la memoria de mi padre, Waldemar Scott



NOTA

Los refugios se publicó en marzo de 2010. Para un libro, poco más de quince años no es mucho, casi nada; para los tiempos del mundo –sobre todo *estos* tiempos–, es un tiempo considerable, han cambiado muchas cosas.

Al releer y en algún punto revisar estos cuentos publicados en 2010, pero escritos antes, me salen al cruce no tanto los eventuales cambios de “mi” escritura, sus insistencias y abandonos, como ciertas cuestiones generacionales. Es sabido que, de maneras extrañas, todo libro es efecto de otro, toda escritura es efecto de una lectura. Pero eso es amplificable a las generaciones, a los libros que otros escriben más o menos al mismo tiempo y en el mismo lugar. “Generación y corrupción son una misma cosa”, escribe Luis Chitarroni en *Peripecias del no*. Una reversión de la chicana de Borges “nadie quiere deberle nada a un contemporáneo”. En mi caso, mi aprendizaje anterior a estos cuentos fue leer y *escuchar leer* a mis contemporáneos. Tal vez a todos (como símbolo). Así que sigo viendo en *Los refugios* algo de resumen, síntesis o embudo de esa experiencia.

Es que en 2005 habíamos fundado Alejandría y se habían iniciado, primero con expectativa, después con furor, los ciclos literarios en narrativa (para 2008 había más de cien solo en Buenos Aires). Robábamos para la narrativa una larga tradición urbana de los poetas: conseguir un bar y juntarse a leer. Le sumábamos algo del *under* de la música; había un micrófono, a veces, una tarima (escenario ya sería una exageración). Solía cerrar la noche una banda o algún músico, todo era

muy dionisiaco; empezábamos a la hora del aperitivo y terminábamos cerca de medianoche. Quiero decir que al releer estos cuentos y volver, como se dice, *el tiempo atrás*, me aparece con claridad una época, y en esa época, no solo mis coordenadas vitales sino un estado de la literatura argentina, un humor, una serie de discusiones, tensiones y jerarquías que estaban disponibles, y que condicionaban, inhibían y promovían cierta escritura. Por ejemplo: muerto Saer, que ocupaba entonces el sitio de *gran escritor argentino*, algo de ese rango pasaría a Fogwill (aunque pronto también se moriría Fogwill), pero compartido con Aira y con Piglia; Marcelo Cohen era una presencia fuerte, como también lo era Hebe Uhart, Abelardo Castillo o Laiseca. Señalo cosas que ya no son –salvo lo de Aira, claro–, o que no lo son tanto, estilos que ya no están. Mi generación entonces se formó y empezó a circular –me incluyo, por supuesto– en los ciclos de lecturas y los blogs, no tanto en las revistas (casi nadie tenía plata para el papel) ni en la universidad.

Muchos culparon a los talleres literarios de cómo escribíamos, pero creo que hicieron más estragos con nosotros la narrativa norteamericana del *show, don't tell* (Carver, Cheever, sobre todo, pero tamizados por Martín Rejtman o Pablo Ramos, esquivras del *Nuevo cine argentino* y de la poesía de los noventa), las imitaciones fatales de los mayores, y un uso académico, adocenado y aletargado, de las vanguardias del siglo xx. Y el mercado, por supuesto. Despertamos muy temprano a una conciencia afilada y precoz del mercado literario y la industria cultural, incluso de su segmentación y transformación. Me iba acordando de todo esto, desordenadamente, mientras releía estos cuentos, y era como si *Los refugios* fuera un intento de encontrar –o atrapar– un lenguaje propio y algunos motivos o argumentos elementales entre todo ese amasijo.

El libro salió en una colección que tramaron Juanjo Burzi y Ulises Cremonte, cuando todavía Ulises era editor de la EdULP, la editorial de la Universidad Nacional de La Plata. Ulises, que venía de sociales, había creado colecciones para todos los géneros literarios. De hecho,

muchos habíamos publicado nuestro primer libro ahí, en la colección de *nouvelles*, alrededor de 2007/2008: Juanjo, Selva Almada, yo, Marina Arias, Cristian Vázquez, el propio Ulises, entre otros. En esa colección los autores no tuvimos que poner dinero. Pero ya en esta colección “Solo cuentos”, por la que salió *Los refugios*, los autores bancamos la edición.

Presenté el libro junto a Gustavo Ferreyra y Juanjo en el barcito de Eterna Cadencia. Gustavo, de hecho, había escrito la contratapa. La tapa tenía una foto, una polaroid del Salar de Uyuni. Creo que se hicieron trescientos ejemplares. Me queda un solo ejemplar de esa edición acá en París; en la foto de solapa además de estar quince años más joven, estoy pelado (me rapé durante más de diez años) y de paseo por la Alhambra, en Granada, aunque nadie salvo Andrés Neuman se diera cuenta.

Sigo viendo en *Los refugios* lo evidente, un punto de partida. Casi todo lo que escribí después puede rastrear ahí alguna línea. Creo que eso es lo que tienen siempre de bueno los libros de cuentos, sobre todo cuando son lo primero que publica un autor: muestran cierta variedad, dejan ver distintas superficies que después muy probablemente se seguirán desarrollando.

He agregado para esta reedición una serie de cuentos que fueron desechados de la versión original y alguno que se escribió poco después, pero que hoy siento pertenece a aquel *momento*, cuando más allá de cierto límite de caracteres que todos los autores acordamos –para poder costear la edición–, también me convenía un rigor formal que pretendía no redundar en absoluto (algo imposible); y yo sabía que en el libro había un mismo lenguaje, pero dos o tres tonos y objetos que no me gustaba duplicar o triplicar. Tal vez haya estado bien esa decisión, aquella voluntad de descarte entonces, y tal vez esté bien que hoy incluya esos hermanos o medio hermanos que habían quedado afuera, como una manera de ampliar –o de ajustar, quién sabe– el arco expresivo de estas formas breves.

Después de que se publicara la nouvelle *No basta que mires, no basta que creas*, en 2008, yo había vuelto a visitar a Abelardo Castillo por su

taller, al que fui una temporada, si no me equivoco, entre 2003 y 2004. Justamente, dejé de ir cuando sentí que había escrito mi primer cuento (todo lo anterior me parecía y me parece una *preescritura*). Ese cuento es “Coronado” y está incluido en *Los refugios*. Cuando el cuento termina, agregué entonces un hermético “2005”, para recordar no sin fe o imprudencia la fecha en que yo sentía que algo había comenzado. Veinte años después sigo creyendo en esa cifra. Recuerdo que cuando leí ese cuento en el taller, a Abelardo le había gustado bastante, pero me había señalado si no convenía que el rayón que sufría el Coronado fuera casi invisible, apenas una marquita y no el rayón común, de tamaño y carácter regular que yo había puesto. Recibí su comentario y durante unos días lo consideré. No quería ni aceptar ni rechazar a ciegas, por supuesto. Abelardo siempre había sido muy justo en todo sentido con los comentarios a mis textos, entre otras cosas, supongo, porque habíamos mantenido una distancia inglesa, en un taller que, por lo general, y al menos entonces, tendía a las transferencias masivas, propensas a los malentendidos y pequeños culebrones. Al final decidí que el cuento quedaría con el rayón regular que yo le había puesto y comprendí que el sugerido por Abelardo no solo no estaba mal, sino que, precisamente, era el rayón –el detalle– de un cuento de Abelardo. Cuando murió, diez años después, cuando me enteré de su muerte, yo estaba literalmente aterrizando en Francia. Recuerdo al recuperar wifi en el aeropuerto ver la noticia en las redes sociales, pero también recibir el mensaje de mi amiga Clara Anich y algún otro excompañero. No sé si como ha dicho Luis Gusmán sobre Germán García, la literatura “ha sido injusta” con Abelardo. Creo que no. Pero yo lamento no haberme reencontrado una vez más y haberle agradecido cuánto me enseñó sobre el amor por la literatura, sobre la alegría para leer y escribir, y reírse –y burlarse, con malicia y ternura– de lo leído y de lo escrito, por otros y sobre todo por uno. Si algo puedo hacer es desmentir esa imagen seria y solemne, un poco a lo Sábado, de Abelardo –aunque a veces, él mismo la cultivara en entrevistas y fotografías–; cualquiera que lo haya conocido sabe que tenía un extraordinario sentido del humor.

Sin embargo, quizá muchos de nosotros –vuelvo a mi generación– le debamos tanto a los grandes autores que nos hacían sombra, los padres o madres que había que matar (insisto, Saer, Fogwill, Sarlo, Castillo, Piglia, Rivera, Molloy, Aira, Ludmer, Viñas, Uhart, etc.), como a cierta línea de hermanos mayores. En mi caso, no tengo dudas de ese cuadrilátero: Gustavo Ferreyra, Eduardo Muslip, Martín Kohan, Aníbal Jarkowski. A veces siento que no hubiera escrito una sola línea si no los hubiera leído *a ellos*, y si ellos, de algún modo, no me hubieran transmitido lo que no se puede transmitir.

Por último, yo había leído un texto en la presentación del libro que ahora releo riéndome de encontrar una enunciación que ya no es. Lo que sí me sigue gustando es el final de aquel texto, tal vez porque ahí perdure una verdad irreductible. En el final de aquel texto yo recordaba que, cuando era chico, mi padre me llevaba a entrenar al Parque de Lomas (yo jugaba al fútbol en el club Banfield). Y que cuando estábamos a punto de llegar, sobre Camino Negro, había un hotel alojamiento, un gran chalet de los años cincuenta o sesenta, que se llamaba “Mi refugio”. Yo escribí hace quince años que mi padre tal vez había sido un fallido refugio para mí y que por eso el libro estaba dedicado a él. ¿Qué refugio no es imperfecto, no está fallido, no es endeble a fin de cuentas? Un refugio no es un búnker, un refugio puede ser apenas un techito, un alero; los refugios son reparos, protecciones temporarias, transitorias, *transitorias*, justamente, como las horas que cotizan y cobran los albergues de esta clase, se tenga sexo o no (les da lo mismo). Parafraseaba entonces lo de siempre: muerte y sexualidad. Más que refugios, dos grandes intemperies, como el salar de aquella primera tapa. Todo eso buscó estar presente en estos cuentos. No recuerdo si mi padre llegó a leer alguno de estos cuentos, creo que sí. Pero a él y a su memoria está dedicado este libro, también ahora, quince años después.

Edgardo Scott
París, diciembre de 2025

LOS HERMANOS

Mi hermana tenía el pelo rubio y ensortijado. Recuerdo un gesto casi mecánico de ella: su intento de ordenar una y otra vez con un gancho lila aquella mata rebelde; la puedo ver con los dos brazos en alto y hacia atrás, la mano derecha tomando el cabello, la izquierda el gancho, buscando ajustarlo en el punto exacto, un poco arriba de la nuca. Me costaría rescatar una imagen suya sin ese peinado.

Siempre pasamos mucho tiempo solos. Las mujeres que nos fueron cuidando a lo largo del tiempo, al comprender nuestra suficiencia para entretenernos, poco nos controlaban; en cambio, se dedicaban sí a esperarnos a la vuelta del colegio con la merienda servida, a prepararnos el baño y la cena, a dejar listos los uniformes para el día siguiente. Los dos éramos tranquilos. Mi hermana era (es) mayor que yo cuatro años. En verdad, tres años y seis meses. No obtengo de la niñez ningún episodio en particular con ella; al menos, ninguno donde el recuerdo nos aislara de nuestros padres. Hay el cruce de un puente más o menos alto y precario desde donde era difícil (y quizá por eso mismo aterrador) divisar las manchas negras en aquel lecho sin agua del río, las manchas que en verdad eran cangrejos; hay una Navidad en la que mi madre debió medicarla y encerrarla debido a su gran temor a los estruendos de las explosiones de medianoche, y yo le hacía burla comparándola con los perros; y hay una mañana, en la que ella me está por atar los cordones, y mis padres detienen todo y corren obnubilados a buscar la cámara para tomarnos una fotografía. Y no mucho más. No son, de todos modos, recuerdos

nuestros, apenas imágenes, construcciones fragmentarias, relatos familiares.

En la adolescencia nos comportábamos como dos huéspedes de honor en la casa, como dos extraños que un par de veces por día se cruzan en el ascensor o en el vestíbulo de un hotel. Ella jugaba sin interrupciones en la computadora y yo armaba hasta el agotamiento aviones y barcos a escala. Si estudiábamos, cada uno tenía en su habitación todo lo necesario. Mi hermana, supongo que por ser mujer, tenía además su propio cuarto de baño, pero yo tenía para mí los dos restantes. No sé qué hubiera pasado si hubiésemos sido tres. Tampoco sé si mi hermana tendrá recuerdos o imágenes de ella sola en la casa, anteriores a mi nacimiento. Sé que mis padres siempre intentaron que cada uno fuera independiente del otro; que no hubiera mayorazgos ni intromisiones; que cada uno creciera con sus propios juegos, lugares y amigos; en la secundaria, por ejemplo, fuimos a distintos colegios; adecuados, según creo, a nuestros distintos intereses y temperamentos.

Durante los días de verano que no había vacaciones ni colonia, las amplias habitaciones de la casa repetían el mismo cuadro, la misma atmósfera: persianas bajas y la madera del piso reflejando apenas una franja de luz exigua y calurosa. Una vez (yo tendría once y ella catorce), habíamos coincidido en la cocina. Los dos estábamos descalzos y teníamos las plantas de los pies bastante sucias. Estoy seguro de que ella estaba comiendo alguna fruta o un poco de helado y yo tomaba un vaso de Coca-Cola. Por la ventana que yo tenía de frente y ella de espaldas, podía ver a lo lejos a la mujer con guardapolvo rosa y sombrero blanco regando el parque. Mi hermana, sin preámbulos ni inseguridades, me dijo que no usara medias si me ponía una bermuda o un short. Yo no contesté, acaso porque aceptaba su indicación. Pero una o dos tardes después le deslicé el comentario de que siempre tenía puesto el mismo gancho. Me encanta el violeta y el lila, dijo ella, y creo que hablamos algo más esa tarde y alguna otra, pero ahora está borrado o sumergido en el olvido aparente.

La espié desnuda pocas veces; al comienzo se trataba por mi parte de pura curiosidad, de ver, de acceder por fin al cuerpo real de una mujer. Pero la excitación era difusa, esquiva, y comencé a fijarme en sus defectos: su piel demasiado pálida, las piernas largas y angostas, la indiscernible cicatriz en el abdomen, su cara de moneda o de muñeca rusa.

A los dieciocho se fue a estudiar al exterior. Si utilizo esa palabra inmadura e imprecisa es porque se ajusta bien a mi conocimiento incompleto y desganado de sus trayectos y a las varias carreras y a los varios países en los que estuvo. Al comienzo manteníamos sin embargo un contacto electrónico de manera infrecuente. A veces, muy pocas, llamaba por teléfono a casa, yo atendía, la saludaba y le pasaba la comunicación a mis padres. Con el tiempo, los contactos se espaciaron aún más. Para la época en que yo empecé a estudiar, ya no había noticias de ella, ni de dónde podía estar.

A lo largo de estos años, he tenido a veces el impulso de buscarla, pero algo inacabado y triste me lo ha impedido. Suelo pensar en ella de manera intensa y esporádica. La mayoría de las veces la imagino en un lugar extraño con un no menos extraño destino: orando rapada en un monasterio a la altura de las nubes; curando animales en un caserío febril de la selva; en una clínica tratando de soportar la abstinencia y el tedio; o en una oficina con paredes de vidrio, cuidando los intereses de una corporación. Pero son ideas. Es muy probable que no sea así. Es muy probable que mi hermana ya tenga una familia, su familia, y que por lo tanto yo tenga sobrinos, que seguramente se pelean a veces, que ignoran todo o casi todo de mí y que hablan con facilidad otro idioma.